

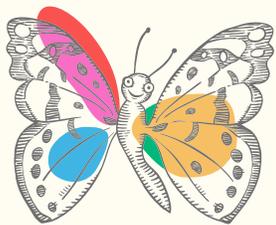


## Kupen



Documento





## Kupen

**Kupen** era una abuela **selk'nam** muy sabia, que vivió en la Tierra del Fuego, al sur de la Patagonia.

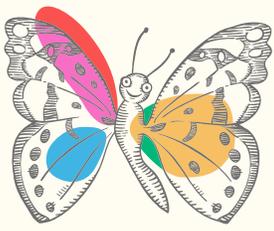
Todos los forasteros que llegaban a sus tierras, a orillas del lago Vinteke, la iban a visitar y quedaban encantados con sus cuentos, refranes y antiguas leyendas.

Bueno, casi todos. Kupen tenía un don: era capaz de conocer el corazón de las personas con sólo mirarlas a los ojos. Las personas malintencionados, por lo tanto, no agradecían haber conocido a Kupen.

El escritor [Enrique Campos Menéndez](#), nacido en Punta Arenas, estuvo con Kupen y escribió un cuento sobre ella que me gustaría compartir con ustedes.



Enrique Campos Menéndez, 1945



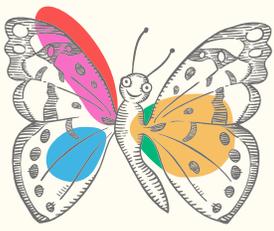
## Kupen

Una vez llegó ante la puerta de Kupen cierto aventurero de porte exótico y no vulgar catadura.

—Dime Kupen: ¿tú recuerdas haber visto por aquí unas piedrecitas del color del sol, chiquititas, con las cuales vuestros abuelos hacían pendientes y brazaletes? No valen nada y causan mucho daño a los animales y a los árboles; por eso yo vengo a ver si consigo llevármelas todas para salvaros de su maleficio.

—Bien sé de lo que me hablas —respondió Kupen, solícita— y puedo decirte dónde las encontrarás y con tanta abundancia que para cargarlas no te bastaría ni una caravana de cincuenta carretas. Mira: sigue siempre a la orilla de este lago hasta llegar al pie de aquella colina; la remontas y continúas hasta lo alto del ventisquero; bajas por un camino que cruza el bosque de robles y, al llegar a una cascada, sigues, siempre al lado del río, hasta andar nueve días de sol a sol; encontrarás una pequeña vega donde hay un canelo seco que aún huele muy bien: reúne a la gente y hazla cavar, y verás cómo tus deseos quedan satisfechos.

El aventurero organizó una costosa expedición, caminó los nueve días de sol a sol y no encontró ni la cascada, ni el río, ni la vega, ni el canelo. Kupen —adivinando la sed de oro del aventurero— se había burlado donosamente de su codicia.



## Kupen

Otra vez le llegó a la puerta cierto caballero elegantemente vestido, de esos que recorren el mundo para contar a cuatro amigos, en su pequeña ciudad provinciana, que ya lo han visto todo.

—¿Usted es india?— empezó preguntando con desdeñosa impertinencia.

—Soy hija de mis padres y nieta de mis abuelos— contestóle Kupen con humildad.

—ja, ja, ja...—rió el extranjero. —¿Me permite retratarla?

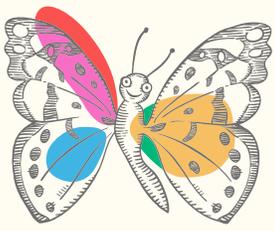
Y entró en la choza como Perico por su casa, revolviéndolo y curioseándolo todo con evidente impertinencia. Kupen lo miraba tranquila sin importarle de su presencia y, cuando llegó su hora, empezó a comer.

—No coma usted eso —intervino el intruso— porque tiene muchas toxinas. Realmente no sé cómo no se mueren con este régimen alimenticio tan absurdo. Necesita usted mucho hierro, mucho fósforo, muchas vitaminas.

Kupen le oía y lo miraba sin concederle la respuesta de un monosílabo. Cuando el turista terminó su monólogo petulante y vacuo, se dignó preguntar a la indígena:

—Dígame, ¿por acá no hay setas?

—Callampas, querrá decir. Sí las hay y muy sabrosas. Vea: allá tiene unas que son muy buscadas. Corrió el forastero al lugar indicado y volvió con su mochila llena.



## Kupen

Al regreso de la excursión las hizo condimentar de acuerdo con los buenos principios culinarios, y se las comió relamiéndose de gusto. Antes de que los postres aparecieran en la mesa, el pobre hombre se retorció víctima de un atroz dolor de estómago. Kupen se había burlado donosamente de su vanidad.

Otra vez le llegó a la puerta un joven muy engominado y vestido con excesiva petulancia que, retorciéndose con empaque los veinte pelos que ya tenía en el bigote, le preguntó a Kupen con engorrosa fanfarronería:

—Dígame, buena mujer ¿usted sabe donde podría yo encontrar alguna india joven, bonita y complaciente, que aceptase venirse conmigo? Desearía retratarla en un cuadro que estoy pintando. Si usted me lo dice le daré unas monedas.

—Claro que sí. Lléguese a la tolдерía de Sohон y pregunte por Josiken. Le aseguro que se quedará usted muy contento con mi consejo.

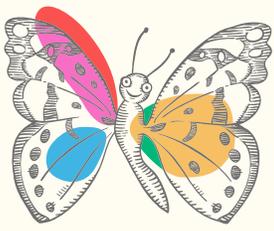
El pequeño Don Juan lo siguió y, después de mucho andar y preguntar, encontró una carpa solitaria en la que había como único habitante un viejo tuerto, jorobado y tartamudo. Le preguntó con afables maneras:

—Dígame, señor, ¿dónde podría yo encontrar a Josiken?

Y aquella especie de brujo le contestó con el mayor aplomo:

—Josiken soy yo.

Kupen se había burlado donosamente de sus malas intenciones.

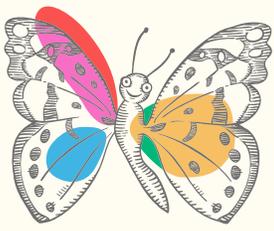


## Kupen

Y otro día llegué yo, cuando el sol, vencido por los zarpazos de la noche, ensangrentaba el lago con la púrpura pomposa de su corazón desgarrado.

-Kupen: yo no quiero saber dónde hay oro, ni manjares sabrosos, ni jóvenes inocentes; yo no vengo a curiosear en la intimidad de tu vida, ni a reírme de tus costumbres venerables, ni a profanar la santa calma de tu casa. Vengo a verte, a oírte, a hablar contigo, a ofrecerte la alegría de mis ilusiones y a pedirte la experiencia sabia de tus recuerdos. Y Kupen me respondió:

—Andarás muchos caminos, cruzarás muchos mares, correrás muchas tierras y verás toda clase de vestidos, y oirás toda clase de músicas, y bailarás toda clase de danzas, y hablarás en toda clase de lenguas ... Pero si lo que vas buscando por la vida es la verdad de los corazones, has de saber que nosotros, como los blancos y como los negros, nacemos, vivimos y morimos en la ilusión de sus mismas esperanzas, bajo el peso de sus mismos dolores, atados a sus mismos egoísmos, entretenidos en sus mismas dichas, enfermos por sus mismos rencores. . . porque las almas son las mismas en el Oriente y en el Poniente, aunque la encarnadura de los cuerpos las aparente distintas.



Chile  
para niños

Documento



## Fuente cuento

**Kupen : cuentos de la Tierra del Fuego**

Campos Menéndez, Enrique, 1914-2007

Disponible en Memoria Chilena:

<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-8730.html>

